

Camilla Townsend

•

MALINTZIN

UNA MUJER INDÍGENA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

Camilla Townsend

•

MALINTZIN

UNA MUJER INDÍGENA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

Traducción de Tessa Brisac

Título original: *Malintzin's Choices: An Indian Woman in the Conquest of Mexico*,
University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006

Primera edición en Biblioteca Era: 2015

ISBN:

Derechos reservados en lengua española

© 2015, Ediciones Era, S. A. de C. V.

Mérida 4, colonia Roma, 06700 México, D.F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

Índice

•

Agradecimientos	11
Introducción	17
I. El reino del pelícano	29
II. Los hombres de los barcos	59
III. Una de nosotros, los de aquí	91
IV. Tenochtitlan	129
V. Canto de verter el agua	161
VI. Sitiales de tule	183
VII. Habla la concubina	213
VIII. Doña María	247
IX. Don Martín	271
Apéndice. <i>Chalcacihuacuúcatl</i> . Cantar de la mujer de Chalco	305
Ensayo bibliográfico	319
Bibliografía	327
Índice de ilustraciones	341
Créditos de las ilustraciones	342
Índice analítico	343

Para Loren y Cian



Mapa de la *Relación de Tabasco*, 1579.

Este mapa lo envió a la Corona un español llamado Melchor de Alfaro Santa Cruz, pero su estilo sugiere un origen indígena. El original tiene dimensiones impresionantes: cincuenta y siete por sesenta centímetros. Coatzacoalcos aparece a la derecha.

•Agradecimientos•

El proyecto de escribir este libro nació hace muchos años y, desde entonces, lo estuve trabajando en medio de todo lo demás, acumulando muchas deudas en el camino. Quisiera agradecer al Colgate University Research Council, que me financió numerosos viajes de investigación y dos cursos de náhuatl en el Yale Summer Language Institute. Recientemente, el National Endowment for the Humanities y la American Philosophical Society me otorgaron becas para mi investigación en los anales en náhuatl: al desarrollar ese trabajo, también descubrí nuevas perspectivas para el presente libro; indirectamente, pues, esos apoyos alimentaron una doble cosecha. Cerca del final, el decano de la Facultad de Artes y Ciencias de Rutgers, The State University of New Jersey, también ayudó a solventar algunos de los costos de esta investigación.

Quizás los que más contribuyeron a hacer posible este trabajo fueron mis profesores de lenguas. Entre ellos, Jonathan Amith (antropólogo), Michel Launey (lingüista) y James Lockhart (historiador) me enseñaron lo que necesitaba saber para embarcarme de por vida en el estudio del náhuatl y, al transmitirme sus agudas ideas, me acercaron a este idioma fascinante, por lo que siempre me sentiré en deuda con ellos. Poco a poco fui entendiendo lo mucho que también les debo a los profesores de lenguas de mi infancia y adolescencia, por enseñarme a abrir en mi mente los canales lingüísticos. Los más importantes, creo, fueron Jonathan Stapleton, el primero que me animó a estudiar las lenguas romances con toda mi energía, y Dan Davidson y su equipo del Bryn Mawr College que, en sus esfuerzos por enseñarme la lengua rusa, me descubrieron nuevos caminos.

Estoy profundamente agradecida por la paciencia con la que me atendieron los equipos de múltiples archivos y bibliotecas de tres países: el Archivo General de Indias (AGI) en España, el Archivo General de la Nación (AGN) en México y, en Estados Unidos, el Ameri-

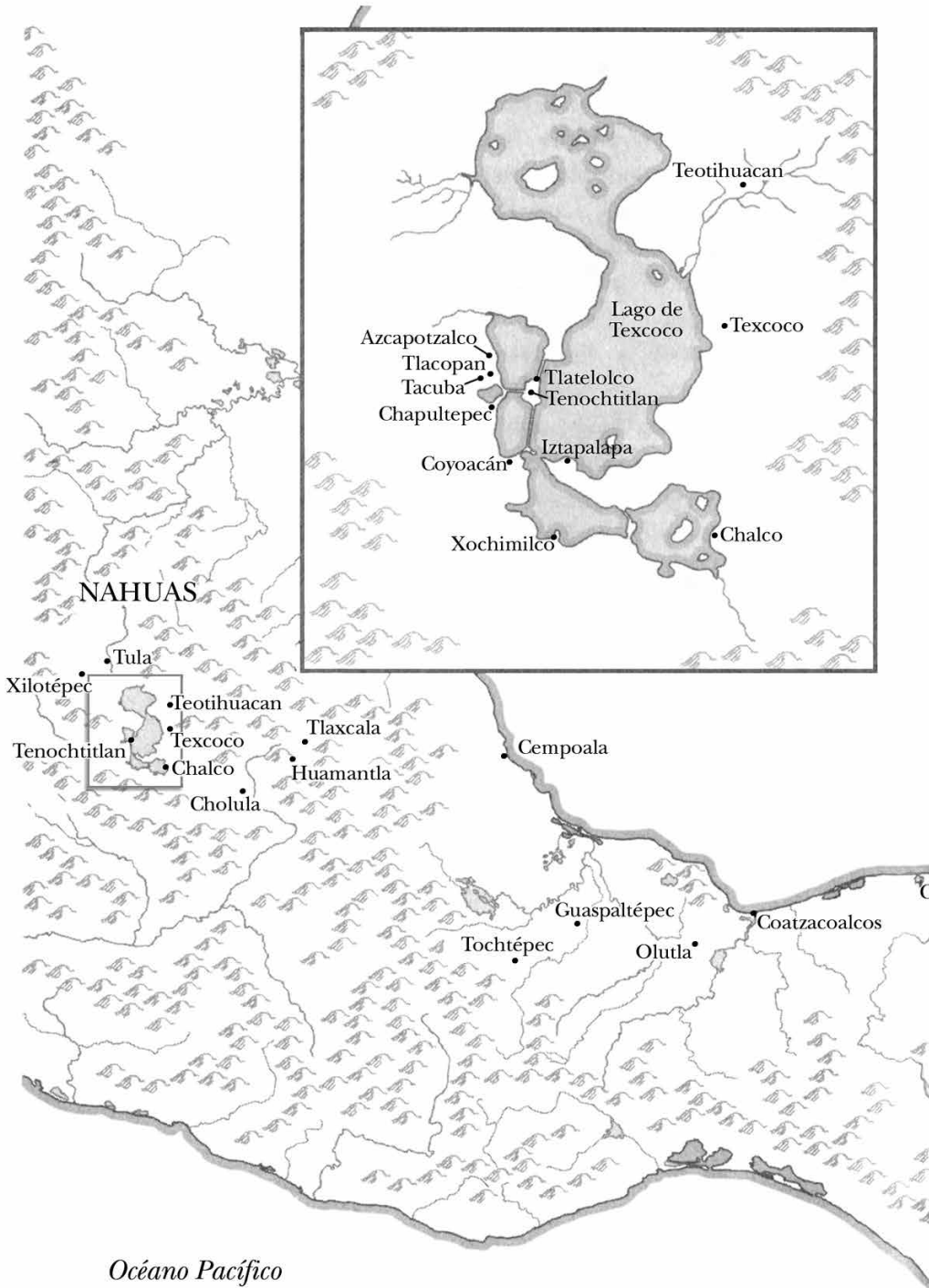
can Museum of Natural History (AMNH), el Departamento de Archivos y Manuscritos de Emory University, el Huntington Museum and Library, la división de manuscritos de la Biblioteca del Congreso, la sala de libros raros de la biblioteca pública de Nueva York, la biblioteca Firestone en la Universidad de Princeton, la división de manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Yale y, finalmente, el departamento de archivos y colecciones especiales de la Colgate University. En esas instituciones, muchas personas me ayudaron más de lo que uno pudiera esperar, entre ellas, Carl Peterson en Colgate, Barry Landua en el AMNH y Jesús Camargo, Teresa Jiménez, Estrella Solís y María del Espíritu Santo Navarro Sánchez en el AGI. En 1998, cuando empezó mi fascinación por Malintzin, los responsables del Museo de la Venta y del hotel Cencali, ambos en Villahermosa, que convertí en mi centro de operaciones para explorar Tabasco, me apoyaron con paciencia.

De muchas maneras, mis amigos fueron un apoyo fundamental. Karen Sullivan me escuchó, un día de verano de hace muchos años. Me animó a confiar en mi capacidad de pasar del estudio del Ecuador al de México, y hasta de retroceder en el tiempo. Cuando vi que una brillante medievalista pensaba que podía aventurarme en los siglos pasados, pensé que valía la pena intentarlo. Espero no haberla decepcionado. Sé que al contestar mis inacabables preguntas, me prestó una ayuda extraordinaria. En Colgate, mis colegas de los programas de Historia y de Estudios Nativos Americanos fueron un poderoso estímulo. Dos estudiantes, Alejandro Delgado y Andrea Suárez-Falken, con sus preguntas incisivas, me obligaron a profundizar mi pensamiento: nunca los olvidaré. Ray Nardelly, de Tecnología de la Información, tuvo la amabilidad de digitalizar las imágenes que necesitaba. En la biblioteca, Anne Ackerson, Ellie Bolland, Emily Hutton y Ricky Mueller me salvaron de mí misma más de una vez. Frederick Luciani y Constance Harsh compartieron conmigo su sabiduría de estudiosos de la literatura y me ofrecieron el calor de su amistad. En Rutgers, mi nuevo hogar, mis maravillosos colegas ya empezaron a compartir sus ideas conmigo: me alegra la perspectiva de los años en que estaremos conviviendo.

En el mundo de la profesión en general, he recibido inmensa ayuda de otros colegas. Con Piedad Gutiérrez, en 1999, pude revisar la lectura de dos documentos, cuando la paleografía del principio de la Colonia todavía me parecía indescifrable. David Holtby y Maya Allen-Gallegos, de UNM Press, se mostraron disponibles y comprometidos en cada etapa del proyecto. Lyman Johnson, como editor de

Diálogos, me apoyó generosamente con sus agudas observaciones. Recibí comentarios sumamente valiosos de los participantes de la conferencia de marzo de 2004, “Lost Colonies”, en el McNeil Center for Early American Studies de Filadelfia y de los del Seminario Lockmiller de la Emory University en noviembre de 2005. Entre los que leyeron partes del manuscrito, contestaron preguntas particulares, me ofrecieron consejos decisivos o con sus críticas me obligaron a pensar, quiero mencionar a Jeremy Baskes, John Kicza, Franklin Knight, Mieko Nishida, Susan Shroeder, Gary Urton y, muy especialmente, James Lockhart. Muchos de los antiguos estudiantes de Lockhart, ahora conocidos académicos también ellos, me acogieron calurosamente en el mundo de la lectura del náhuatl, entre ellos, Sarah Cline, Rebecca Horn, Doris Namala, Caterina Pizzigoni, Matthew Restall, John Sullivan y Stephanie Wood. La historia nos enseña que la llegada de un intruso a un grupo existente puede ser bastante perturbadora, pero se portaron conmigo como la generosidad personificada. A todos ellos mi infinita gratitud.

Agradezco a mi familia de todo corazón. Mis padres aprendieron a aceptar el trabajo que elegí y hasta a quererme por ello. John, el compañero de mi vida, con cada año que pasa me siento más orgullosa de conocerlo. Carmen, la niña que recibimos y criamos, ya es una adulta hace mucho; se ha vuelto una mujer de una fortaleza impresionante; me enseñó a reconocer las cosas que en este mundo no podemos cambiar y a aceptarlas. En los últimos años, mis hijos Loren y Cian me han demandado alma y corazón, dándome a cambio los suyos –por lo menos por ahora. Malintzin murió cuando su hijo y su hija igualmente tenían dos y siete años. Hijos míos, estoy agradecida por la vida y el amor que compartimos.



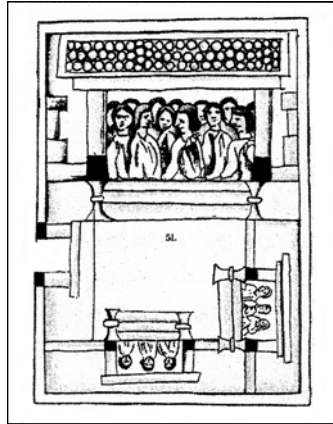
EL MÉXICO DE
MALINTZIN



en el año 1519

Golfo de México





• Introducción •

En la temporada fresca, sonoras bandadas de garzas blancas incontables se juntan cerca de la costa del Golfo de México, cubriendo las ramas de los árboles, y sus sombras temblorosas se recortan sobre el cielo que se oscurece. La niña de doce años que un día no muy lejano sería conocida como Malintzin debió verlas muchas veces, cuando era esclava entre los mayas. No podemos saber si también conservaba su recuerdo, indistinto tal vez, desde su infancia, cuando vivía en una casa señorial por el rumbo del sol naciente cerca de Coatzacoalcos, antes de la llegada de los hombres que se la llevaron a la fuerza. Quizá vivía entonces demasiado lejos del agua, o quizás todavía era demasiado chica para guardar recuerdos. Poco podemos afirmar sobre lo que pensaba ella del contraste entre su pasado y su presente. Cuando era niña, antes de saber cuál sería su destino, vivió entre gente de cultura náhuatl, y en ese mundo se cantaba una especie de lamento de mujer en el que hablaba una concubina cautiva: “Ah, madre, me estoy muriendo de tristeza, aquí en mi vida con un hombre. No puedo hacer bailar el huso. No puedo lanzar la vara del telar”.¹ En su nueva vida de esclava, los sentimientos de Malintzin se habrán

¹ “Cantar de la mujer de Chalco” (ver apéndice). Esta versión al parecer pertenece a un subgénero común de cantares nahuas, que seguramente no era propio sólo de los chalcas.

parecido a eso más de una vez, pero es muy probable que, como tantos cautivos, procurara concentrarse en su trabajo y agachar la cabeza, haciendo girar el huso, torciendo en hilo el algodón crudo, hasta el día en que sus amos perdieron la batalla contra los extranjeros surgidos del mar y la entregaron a los recién llegados como ofrenda de paz. Diecinueve muchachas más partieron con ella, río abajo; ninguna sabía qué suerte le esperaba.

La muchacha, que no fue consultada y sólo hizo lo que le ordenaron, nunca hubiera podido adivinar que pronto uno de sus nombres quedaría grabado en la historia del mundo y sería recordado por más de cinco siglos, o que ella misma llegaría a significar tantas cosas distintas para tantas gentes diversas que la verdad sobre ella y su historia sería ya inalcanzable. Dado el aplomo y la inteligencia que le atribuyen los que la conocieron, si alguien se lo hubiera dicho, quizá le habría dado risa, pues ella sabía que simplemente estaba sobreviviendo, lo mejor que podía, en una vida de lo más común y corriente.

El azar la catapultó al centro mismo del drama de la colisión de dos continentes: se volvió la traductora y la amante de Hernán Cortés durante toda su empresa de conquista de México, y le tocó negociar directamente, en nombre de él, con Moctezuma y sus sucesores hasta que los españoles tuvieron en sus manos las riendas del poder, e incluso después. Los efectos de la conquista de los indígenas duran hasta ahora, y por ello los años en los cuales esta mujer vivió y actuó están cargados de múltiples significados, que varían ampliamente según la posición del observador. Los europeos y sus herederos culturales en las Américas tendieron a celebrar los cambios que conllevó; en cambio, los nativos americanos y los que eligen identificarse con ellos suelen expresar rabia y dolor. Por ambas partes, los sentimientos casi siempre son apasionados, y la joven indígena está en el ojo del huracán. Ya en 1939, el novelista Haniel Long señaló: “Ella representa más de lo que un solo momento histórico, cualquiera que sea, puede abarcar”.²

La historia de la *imagen* de Marina, como la llamaban los españoles, o de Malinche, como la llamamos ahora, también es interesante en sí, llena de repentinos desarrollos y de vuelcos bruscos en la trama.³ No siempre fue el centro de tanta atención. En realidad, una vez muertos

² Haniel Long, *Malinche, Doña Marina*, p. 39.

³ Su imagen ha sido ampliamente estudiada. El trabajo mejor y más completo es el de Sandra Messenger Cypes, *La Malinche in Mexican Literature*.

todos los que la habían conocido en vida, nadie volvió a mencionar su nombre por bastante más de doscientos años. En esa época, el personaje de una intermediaria y traductora indígena era demasiado trivial para merecer atención. Pero a principios del siglo XIX, cuando México se independizó de España, cualquier amigo de los españoles se convirtió en enemigo mortal de los mexicanos. En *Xicoténcatl*, novela anónima de 1826, de golpe y por primera vez, aparece Marina como una traidora lasciva e intrigante. En el nuevo contexto nacionalista, esa versión de la historia tenía todo para seducir a un amplio público. Durante los siguientes dos siglos, libro tras libro, en México y en otras partes, una Marina sexy e insidiosa traicionaba a su pueblo.

En los años 1970, algunas feministas mexicanas y mexicoamericanas empezaron a cuestionar el paradigma, subrayando que la muchacha había sido entregada como esclava por su propio pueblo. ¿A quién estaba traicionando? ¿Qué hubiera debido hacer cuando la regalaron a los hombres armados procedentes de España? ¿Acaso sus críticos hubieran recomendado seriamente el suicidio, como afirmación de su propia dignidad y de la de su pueblo? En lugar de considerarla como una maestra de la política maquiavélica, dijeron las feministas, tendríamos que reconocer que fue una víctima, y repetidas veces.

Después, en los años 1980 y 1990, varios escritores matizaron esa idea y sostuvieron que tal vez no fue *del todo* victimizada. A final de cuentas, era sin duda una mujer enérgica y talentosa, decidida a sobrevivir. Hizo lo que pudo, dentro de su propio contexto, para preservar su integridad en un terreno complejo y movedizo, en un mundo donde era difícil trazar la línea divisoria entre los diversos grupos y decidir cuál era el mejor camino a seguir. En su tiempo, hay que recordarlo, no existía todavía pueblo alguno que se considerara a sí mismo como “indio”: sólo había múltiples grupos étnicos diversos y unos recién llegados particularmente extraños.

En el actual Estados Unidos, el nuevo estilo de pensamiento posmoderno les pareció especialmente adecuado a algunos teóricos para enfrentar esa discusión: se podía entender a Malinche como un puente, una mujer que se movió con éxito entre por lo menos tres culturas diferentes. Como los chicanos, que son a la vez mexicanos y estadounidenses y por tanto quizá ni lo uno ni lo otro, era un ser híbrido. Como escribió una crítica literaria, “se convirtió en el símbolo transfigurado de la identidad fragmentada y del multiculturalismo”.⁴

⁴ Jean Franco, *Critical Passions*, p. 66.

Pero la verdad es que en México, esas nuevas versiones de la realidad de la Malinche han tenido poco impacto. Obviamente, las etnicidades mutantes y las identidades multiculturales interesan más a los mexicoamericanos (y otros estadounidenses) que a los mexicanos. Hay excepciones, por supuesto: un historiador mexicano pregunta por qué, si algunos náufragos españoles decidieron quedarse con los mayas, se juzga inaceptable que ella haya decidido quedarse con los españoles.⁵ La mayoría de los mexicanos de a pie, sin embargo, sigue mirando a la Malinche con vergüenza y desprecio, y pensando que personifica no sólo la Conquista española, sino la dominación exterior en general. Hace muchos años, Octavio Paz escribió sus reflexiones sobre la situación psicológica que enfrenta gran parte de los mexicanos respecto a alguna antepasada indígena asimilada a la “chingada”, la “violada”, la “seducida”:

Si la Chingada es una representación de la Madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. [...] Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. Ella encarna lo abierto, lo chingado, frente a nuestros indios, estoicos, impasibles y cerrados.⁶

“De ahí”, añade Paz, “el éxito del adjetivo despectivo ‘malinchista’, recientemente [en los años 1930 y 1940] puesto en circulación por los periódicos para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes.”

Esos sentimientos tienen, desde luego, hondas raíces. En 1982, una estatua de la Malinche, de Cortés y del hijo de ambos, Martín, fue colocada en Coyoacán, el pueblo de los linderos de la ciudad de México donde la pareja se asentó por un tiempo después de la caída de la capital indígena en 1521. En medio de los nuevos debates sobre Malinche que nacieron en los años 1970, el monumento pretendía

⁵ Ricardo Herren, *Doña Marina, la Malinche*. De las muchas supuestas biografías de Malinche, la de Herren es la mejor, la que menos inventa.

⁶ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 87.

simbolizar el respeto que merecían ella y sus sufrimientos e insistir en el carácter mestizo de la nación. Pero pronto fue necesario retirar la obra, debido al enérgico rechazo expresado en las protestas estudiantiles que de inmediato surgieron: los jóvenes no querían monumento alguno que presentara a la Malinche con simpatía, pues para ellos quedaba íntimamente asociada con la dominación extranjera y con la traición.⁷

Los apasionados manifestantes de 1982 defendían sus convicciones. Desde su punto de vista, alzaban la voz por la soberanía de su país y por los indígenas pisoteados. Pero, con todo lo admirable de sus sentimientos y su activismo, ninguno de ellos seguramente estaba pensando en la muchacha real que, un día de 1519, bajó hacia el río por las curvas de un sendero, consciente de que la iban a regalar a los desconocidos recién llegados como concubina y cocinera. De haber pensado en eso, los estudiantes no habrían visto en ella a una enemiga indefendible, sino a una esclava asustada que una vuelta del destino estaba poniendo en gravísimo peligro.

Se han escrito muchos libros sobre la Malinche mítica, pero hace tiempo que necesitamos un libro serio sobre la mujer real. Nos hace falta para humanizarla: a ella y a las incontables mujeres indígenas como ella, obligadas a enfrentar la Conquista en sus propias vidas. Sin eso, siguen cargando con el estigma, se las sigue considerando como seductoras o monstruosas (o las dos cosas) y nunca se las ve en toda su complejidad, como las personas reales que alguna vez fueron. Sobrevivieron a las situaciones más dramáticas con toda la dignidad a su alcance. No merecen los estereotipos y las acusaciones que se les han lanzado y que siguen manchando su recuerdo. Y parece profundamente injusto que a sus herederos culturales todavía los persiga la memoria de crímenes que sus antepasadas –reales o simbólicas– nunca cometieron.

En realidad, si no se ha escrito hace años una biografía tradicional de la Malinche, es por una razón sencilla, única y contundente: es una tarea imposible. Simplemente, no existen las fuentes para escribir semejante libro. La mujer no nos dejó diarios ni cartas, ni una sola cuartilla escrita por ella. Eso sí, tenemos suficientes fuentes etnográficas sobre los nahuas y los españoles para otro tipo de libro: un libro que ofrezca la descripción detallada del contexto de su vida

⁷ Me enteré de ese incidente, y de varios más, a través del precioso relato de viaje de Anna Lanyon, *Malinche's Conquest*, p. 205.

en todas sus complejas dimensiones y que ubique sus acciones en su escenario verdadero, dando a los lectores una idea clara del tipo de pensamientos que podía albergar en cada situación, así como del posible alcance de las decisiones que tomó. Un libro así, por cierto, es peligroso de escribir: si no se realiza con cuidado y prudencia, podría a su vez crear más confusión, al proyectar sobre Malinche sentimientos y motivaciones que no tuvo ni podía tener en la realidad. Es un problema clásico en los trabajos que abordan la historia de gente iletrada o sin poder, que no dejaron para la posteridad ninguna huella escrita. Al estudiar el pasado, a veces queremos explorar temas que ninguna persona letrada de la época consideró interesantes, o que quizás incluso querían ocultar y sobre los cuales, por lo tanto, tenemos pocas fuentes escritas o ninguna. Por otro lado, las fuentes pueden haber registrado copiosos detalles sobre otros temas. Como alguna vez lo señaló un antropólogo con ironía: “Si la etnografía ofrece los mejores datos, la historia ofrece las mejores preguntas, y nunca logramos hacerlas embonar del todo”.⁸ Así pues, será un paso esencial desentrañar qué es exactamente lo que estamos preguntando y determinar si existe alguna fuente pertinente que nos permita abordar la pregunta.

Al indagar sobre la mujer que era Malinche, estamos planteando en realidad dos categorías de preguntas distintas, aunque ligadas. Primero, ¿cuál fue la importancia de esa mujer en su propio tiempo? ¿Cambió ella el curso y la naturaleza de la Conquista? Segundo, ¿qué sentido tuvieron para ella los turbulentos acontecimientos de su vida? ¿Podemos siquiera empezar a reconstruir su propia interpretación?

La posibilidad de responder al primer tipo de preguntas, sobre el significado de las acciones de Malinche, depende de que sepamos exactamente qué sucedió y, en este caso, hay pocas certezas. Los cronistas españoles que mencionan a Malintzin tenían cada uno sus propios objetivos y, en general, a la hora de sentarse con la pluma en la mano, estaban lejos de los hechos en el tiempo y en el espacio. Mintieron, olvidaron y se pelearon unos con otros. A veces, ciertos escritores terminaron realmente convencidos de que había sucedido lo que a ellos les parecía que habría tenido que suceder: un cronista, por ejemplo, sostuvo que Malinche se había casado con Jerónimo de Aguilar, el naufrago que vivió años entre los mayas y que trabajó muy de cerca con ella para formar una cadena de traducción entre Cortés

⁸ Ross Hassig, *Time, History and Belief in Aztec and Colonial Mexico*, p. 53.

y Moctezuma, siendo que, como todos los demás sabían, ella se casó con un hombre completamente distinto.⁹ En el mismo tipo de error cayeron los indígenas que redactaron anales históricos en la segunda mitad del siglo XVI, al registrar por escrito lo que en el fondo de su alma pensaban que tendría que haber pasado, lo que hubiera sido coherente con su forma de darle sentido al mundo. Pero, cuando uno lee en conjunto todas las crónicas españolas y todos los anales indígenas que mencionan a Malinche, aparecen ciertos patrones de percepción. Si, además, junto con esos textos, uno lee lo que se conserva de los documentos legales producidos, durante su vida o poco después, por personajes que tenían objetivos más concretos e inmediatos que la caracterización de doña Marina, entonces ciertos hechos emergen con claridad. Cuando se ubican esas percepciones y esos hechos en el contexto de la comprensión de la vida de los nahuas que los estudios recientes de las fuentes en lengua náhuatl ya autorizan, una imagen global empieza a tomar forma.

En esa imagen que se precisa, la joven Malinche es, efectivamente, de una importancia crucial en la Conquista, pero también vislumbramos un mundo en que había muchas Malinches en potencia. En determinados momentos, Cortés, sin su ayuda, hubiera muerto o hubiera tenido que irse, eso está fuera de duda. Pero parece igualmente seguro que si no hubiera existido ella, algún otro español en alguna otra expedición hubiera encontrado a otra mujer muy parecida a ella, pues era un producto típico del mundo mesoamericano de entonces. Esa afirmación tiene muchas aristas que irán apareciendo a lo largo del libro. En realidad, incluso sin recurrir a hipótesis contrafácticas, veremos que Malintzin no actuó sola: hubo miles de ocasiones en que algunos indígenas tomaron partido por los españoles, al menos durante un tiempo, por sus propias y excelentes razones.

La segunda pregunta, la que atañe a la vida interior de Malinche, es más difícil de abordar. Muchos podrían sostener que, por simple respeto, es preciso admitir que nos resulta imposible conocerla y que hay que abandonar el intento. Pero ¿qué significa realmente afirmar que alguien es imposible de conocer? En el peor escenario, los “pizarrones en blanco” quedan a merced de las lecturas y errores de quienquiera que tenga ganas de imaginarlos a su manera, incluso con prejuicios hostiles o insultantes. Esas figuras no son personas sino

⁹ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, edición de Luis Reyes García, p. 183.

símbolos, y por ello es fácil que se conviertan en pararrayos. En el mejor de los casos, quizá, aunque no se les rebaje, nunca terminan de ser del todo humanos en la imaginación popular. Finalmente, es difícil tomar en serio a los que nunca dicen nada. Nuestros libros suelen estar llenos de los ingeniosos y profundos pensamientos de los colonizadores y demás señores que alguna vez tuvieron una pluma en la mano, mientras que los esclavos, los indios y todos los personajes iletrados quedan como seres unidimensionales, brumosos y relativamente poco interesantes hasta en los estudios que más simpatía les tienen.

De ahí la importancia de desplegar todo el abanico de posibilidades, de pintar un contexto tan vibrante de realidad que nos obligue a preguntarnos cómo podía reaccionar Malinche, a considerar la gama de alternativas que enfrentaba, y a percibir el pleno sentido de sus decisiones y de sus acciones. Tradicionalmente, la comprensión del mundo azteca ha descansado principalmente en los hallazgos de la arqueología y el estudio de textos escritos por españoles. Pero hace ya muchos años que algunos estudiosos mexicanos, estadounidenses y europeos empezaron a poner también su conocimiento del idioma náhuatl al servicio de la causa.¹⁰ El uso del alfabeto latino por los indígenas apenas se empezó a extender a partir de los años 1550 pero, desde esas fechas, muchos se empeñaron en producir textos formales que describían la vida antes de la Conquista tal y como la recordaban, registraron en papel las versiones conservadas de sus propios anales históricos y cantares, y llevaron a cabo por escrito sus propios asuntos prácticos, dejando así una estela de testamentos, trasposos de tierras y documentos diversos para que los encontrara la posteridad; y muchos de esos textos, más allá de su propósito original, revelan las formas tradicionales de pensar. Todas esas fuentes deben leerse con cuidado, y no se trata de aceptar ingenuamente sus aseveraciones pero, tomadas en conjunto, abren una ventana –aunque a veces un poco empañada– al mundo en el cual vivió y respiró Malinche.

Al tratar de poner en su contexto las decisiones de esta mujer, es de crucial importancia evitar el error común de proyectar sobre Malinche nuestras propias preocupaciones, sin olvidar tampoco las viejas ideas que llevaron a asignarle motivaciones ajenas a la complejidad

¹⁰ Esta obra está entrelazada con el trabajo de otros estudiosos en varios niveles: el ensayo bibliográfico, al final del volumen, da cuenta de esas relaciones.

de su situación. En las primeras interpretaciones, para bien o para mal, sea que la consideren como una heroína o como la traición encarnada, Malinche aparece como un personaje poderoso que manipula la situación en función de sus propios fines. En las construcciones más tardías, es una víctima, violada e insultada. En el paradigma más reciente de todos, es alguien que consigue vivir su propia vida y defender sus intereses recurriendo a las prácticas tradicionales de los nativos de América, alguien que logra durante largos años mantener su integridad e incluso aumentar su margen de maniobra. Este último retrato es indudablemente el más realista, pero cada una de las tres imágenes contiene semillas de verdad. En una vida como la suya, tuvo que haber momentos de triunfo o de júbilo, momentos de angustia o de humildad, y momentos en que sólo tocaba poner un pie delante del otro y, prosaicamente, tratar de sobrevivir. No tenemos derecho a suponer que sabemos cuándo tuvo Malintzin cuál de estas reacciones. Sin embargo, tal vez sea nuestro deber tratar de entender su vida lo bastante para aprender a reconocer sus ricas, dolorosas y complicadas posibilidades.

•

Lo que me propuse escribir es un libro sobre los contextos. En efecto, aunque se enfoque en Malinche, abarca más que la historia de la vida de una mujer: es una exploración de la experiencia indígena en su época. El libro consta de nueve capítulos, cada uno de los cuales trata un tema distinto, al mismo tiempo que progresa en el orden cronológico. En cierto sentido, se compone de nueve ensayos que proponen cada uno una interpretación de un aspecto particular de la Conquista. El primer capítulo (“El reino del pelícano”) trata de mostrar los conflictos del mundo en que nació Malintzin, no sólo en términos de las rivalidades entre Estados étnicos, sino también en cuanto a la dimensión de género de las tensiones que permeaban las familias de la élite y que contribuían a poner a ciertas personas en situaciones más vulnerables y quizás más aisladas. El segundo capítulo (“Los hombres de los barcos”) considera el primer contacto con los europeos desde una mirada indígena, y cuestiona la idea tradicional de que los nativos percibieron a los recién llegados, no como extranjeros desconocidos y particularmente bien armados, sino como dioses. Mi argumento es que los indígenas no enfrentaron un problema espiritual o cultural, sino tecnológico, y que lo entendieron muy